

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

AQUILES YORIO

Cuesta encontrar el ángulo propicio para contemplar íntegramente esa vida, que se apagó ya octogenaria pero que, hasta sus últimos momentos, la cubrió con el impulso de una función excluyente: el notariado.

Si tuviéramos que ubicar a Aquiles Yorio en su paso por la vida, tendríamos que desechar, por pesado bagaje, todo aquello que significa ambiciones personales, apego a las materialidades y sensualismos, incluso al deseo, nada censurable, de bienestar, para dejar vigente sólo su vocación, que se materializó en dos ámbitos: El Colegio de Escribanos y su notaría.

Comenzó su actuación en una época de evolución, donde se confundían los "viejos escribanos de antes", como solía llamarlos, sin título universitario pero con una hermosa tradición de rectitud, honradez y señorío, y la generación de escribanos universitarios, de renovados ímpetus y ya madura esperanza. Intervino protagónicamente en la fusión del antiguo Colegio y el Círculo de Escribanos Universitarios que posibilitó la realidad de la que hoy se enorgullece el notariado: El Colegio

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

de Escribanos de esta ciudad. Fue de los primeros en vislumbrar la idea, de los primeros que prueba traducirla y comunicarle el impulso de la acción.

De ahí en más en diferentes cargos electivos y en comisiones asesoras contribuyó a cimentar el prestigio de la Institución a través de casi cincuenta años, y sin la persistencia de su empeño quizá el presente no sería tan fructífero.

Puso en la empresa voluntad y utilidad, a las que sumó sus indiscutibles dotes de inteligencia, sentimiento e idealidad.

Nada que se refiera a nuestra casa le era indiferente y nada escapaba a su preocupación, no importaba el cargo o la carga a cubrir si en la empresa salía robustecida material o espiritualmente la institución; jamás rechazó un mandato en ese sentido y nunca dejó de cumplirlo acabadamente, y así lo vimos secretario, vicepresidente, delegado a congresos y jornadas, director de revistas, consejero de instituciones afines, presidente de delegaciones, y todo lo hizo sencillamente, con innata modestia pero siempre aplicando la ley moral como una estética de la conducta. No fue sorpresa entonces que el Colegio lo designara su decano y posteriormente le otorgara, como primer beneficiario, la orden "Notario Gervasio Antonio de Posadas", máxima distinción a la que puede aspirar un escribano.

Es decir que Yorio influyó con su actuación y su ejemplo en casi la mitad de la vida de nuestra centenaria institución, y lo hizo como una obligación que le imponía su conducta pero también con la alegría que le transmitía su corazón. Pudo decir con Kant: "Dormía y soñé que la vida era belleza, desperté y advertí que ella es deber", pero nosotros que recibimos su generosa ofrenda comprendemos que su sueño rebotó sobre la realidad como el río sobre los sembrados, vivificándolos.

Su notaría era su refugio, su atalaya, desde donde vio pasar medio siglo argentino, rico en notas disonantes, en cambios políticos, en transformaciones dispares. Nada pudo conmover ni su estructura ni su destino. Enclavada en el corazón de Buenos Aires - Avenida de Mayo esquina Perú - parecía un oasis en el tiempo. En ese ambiente desempeñaba su ministerio con la capacidad y ecuanimidad que le eran proverbiales. Rodeado de libros y carpetas, que invadieron hasta su propio escritorio - él trabajaba en una pequeña mesa junto al balcón -, atendía su notaría y asesoraba a clientes y colegas. Todo a su alrededor era austero y recoleto y nada desentonaba. Las paredes ricas en diplomas y distinciones y frente a él una pequeña fotografía de don Bartolomé Parodi, su maestro y amigo.

En la antesala, de características similares, una colaboradora de toda la vida cubría a mano fojas de protocolo, con letra menuda y clara, y una talla en bronce de José María Moreno parecía indicar el camino a su despacho.

Al través de los años recibió manos de limpieza, jamás de reforma, y cuando su vista declinó, como su salud, podía andar los senderos conocidos con seguridad de vidente.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Aquiles Yorio pasó ahí su vida profesional y se fue una cercana tarde, con el eterno "hasta mañana", sin saber que físicamente jamás retornaría .

Su hogar era la prolongación de la escribanía, allí atesoraba más libros, los que consultaba de noche y en los días de descanso para preparar una obra, evacuar una consulta, comentar un fallo o escribir un artículo.

En esos ámbitos transcurrió su mundo. Dijimos en ocasión de la sesión extraordinaria que en su homenaje realizó el Consejo Directivo del Colegio de Escribanos, "que Yorio no tenía la oratoria de un tribuno, pero poseía el profundo sentido y la agudeza de un jurista", su producción; así lo demuestra principalmente "La sucesión y su personería en nuestro derecho" y "Testamento por acto público", ambas galardonadas con el premio José María Moreno. Toda su extensa producción fue hecha a mano, con su magnífica letra de calígrafo, pequeña, paralela, rasgada; jamás un borrador apresurado, nunca una grafía incorrecta; su letra era, como lo quería Klages, "la síntesis rítmica de su personalidad" .

Y si tuviéramos que mencionar una de las características de ésa su personalidad, mucho nos costaría no ponderar su sabiduría, su prudencia, su honradez, su falta de codicia y de soberbia, pero necesariamente tendríamos que destacar su responsabilidad en la profesión y en todos los aspectos de su vida que ejercía con naturalidad y con modestia. Así lo vimos al frente de la Revista del Notariado y de la Revista Internacional del Notariado, estudiar detenidamente todo el material que debía publicar, corrigiendo planas, ampliando citas, agregando jurisprudencia y meditar, casi con temor, al redactar un editorial. Y cuando, por mandato del notariado del país, tenía que viajar al extranjero llevando nuestra representación a congresos internacionales, recorría Madrid, París, Roma, Montreal, Bruselas o México volcando el aporte inestimable de sus conocimientos y volvía con un bagaje extraordinario de experiencia, títulos y honores que entregaba a sus pares como modesto aporte.

Hoy que se fue definitivamente, nos deja una imagen que simboliza el ideal del ser notarial. No necesita su recuerdo de generosas alabanzas; sentirlo como fue es suficiente. Arrojó la simiente en todos los surcos sin pensar jamás en la cosecha, pues fue el auténtico sembrador de verdades, seguro de la bondad del fruto.

ADOLFO C. A. SCARANO